

— Es sumamente poético lo que me decís, señor — dijo sonriendo la costurera — y á pesar de esto lo comprendo.
— Dispensad — la repliqué — yo no habria hablado así delante de otra mujer de vuestra clase; pero vos sois tambien poeta; vuestros versos han dado lugar á que me olvide de vuestras tigas. Además, que tampoco es indispensable ser siempre llano para hacerse popular; el pueblo es tambien un gran poeta, porque es el niño aun no destetado de la naturaleza, y esta solamente habla con imágenes, como Dios.

XXX.

Mientras esto acontecia, la brisa del mar se dejaba caer insensiblemente sobre las olas, para ser reemplazada por la brisa de tierra, que empezaba á respirarse á traves de los pinos marítimos de la costa; las ondas se tornaban de color de rosa en su parte superior, como las nieves cuando el último rayo del sol las hiere al retirarse. La noche se nos echaba encima sin que lo hubiéramos notado, tan complacidos como nos hallábamos con aquella modesta jóven. La diligencia de Aix iba á partir; mi mujer abrazó á Reine, como si fuera una conocida suya muy antigua. Ella nos agradeció el recibimiento que la habíamos hecho, sin cumplidos, y marchó contenta de su viaje, asegurándonos que no diria nada á sus yecinas al dia siguiente, por miedo de que se la creyera una *intrigante*. ¡Ah! bastaba ver su tímida y cándida fisonomía para convencerse de lo que ella era: una jóven sencilla, dotada de una imaginacion sensible con un fondo inmenso de bondad.

En aquel mismo instante en que cruzaba el dintel de la puerta del jardin para subir á la diligencia, la llamé y la dije:
— «Reine! si en alguna ocasion escribo una ó dos de esas historietas populares, cuya idea me habeis proporcionado, me permitireis que os dedique la primera ¿es verdad? Vuestro nombre la hará afortunada.»

FIN DEL PREFACIO.

GENOVEVA.

Nuestra imaginacion es el espejo de toda la naturaleza, espejo que llevamos en nosotros mismos y en donde esta se representa. La imaginacion mas bella es el espejo mas claro y mas verdadero, el que alteramos menos con el influjo de nuestras propias invenciones, el que no recibe tantas tintas artificiales y por lo comun falsas de nuestra propia fantasía, á la que llamamos nuestro genio. El genio no crea, copia: Dios se ha reservado en todo la creacion. Homero, la imaginacion mas vasta y mas patética que ha descrito jamas á la naturaleza y hecho palpitar el corazón humano, no fué mas que un copiante perfecto. Los colores que deslie con nuestras lágrimas sobre su paleta, solo son los colores que todos vemos y las lágrimas que vertemos todos. Las ha visto y sentido mejor, en esto consiste su genio. Los poetas, á quienes se culpa de coleccionistas de ficciones, y de recitadores de mentiras, son los mas veraces de todos los hombres. Observan, sienten y escriben; mudan los nombres de sus personajes, en lo que estriba toda su invencion; pero si estos personajes no existieran real-

mente en la naturaleza, no los habrían concebido, y si no los hubieran concebido realmente en su imaginación no los darían á luz ó solo producirían mónstruos y fantasmas. Todo poema, por lo tanto, es una realidad.

Ya referí en mis *Confidencias* la verdadera aventura que había recitado ó cantado á media voz en el poema doméstico de *Jocelyn*. Los lectores de las *Confidencias* conocen al pobre é interesante cura de aldea, á quien di en mis versos el nombre de *Jocelyn*; conocen también á la bella y tierna niña del castillo de..., á la que llamé Laurence. Casi no hice otra variación, á la verdad, en aquel dramita, cuadro de chimenea que cuelga uno de un clavo de latón en su cuarto ó en su choza, y al que mira distraídamente cuando quiere recordar su juventud, soñar, llorar ó rezar.

Muchos jóvenes ociosos, de ambos sexos, me escribieron desde todos los puntos del globo con motivo de aquel poema, que logró el único éxito que podía esperarse, el de los corazones enfermos, una gloria de intimidad, una inmortalidad de chimenea, ¡musa pedestris! Sucedió que todos los que se afectaron, todas aquellas voces conmovidas, todas aquellas plumas temblorosas preguntaban, si el drama era verdadero, si *Jocelyn* había vivido, si Laurence había amado y muerto de aquel modo, si lo había conocido yo, si había poseído las tristes y santas confidencias de sus amores y de sus desgracias: si debían interesarse por ellos solo como por personificaciones imaginarias nacidas en mis sueños, ó si habían de llorar y de orar verdaderamente sobre sus dos tumbas, y quererlos como á dos seres que habían realmente vivido entre nosotros, y que se podía esperar encontrarlos algún día amantes, amados, y dichosos en la otra vida. ¡Oh candidez santa de los corazones sensibles! No quieren gastar su sensibilidad por una ficción, y hacen bien: son demasiado preciosas las lágrimas para verterlas sobre quimeras, y sin que una sombra, cuando menos, las sienta caer y las recoja desde lo alto. Engañar estos corazones es cometer el pecado contra el Espíritu Santo, el crimen sin perdón de los poetas, porque es el crimen contra la naturaleza; es

tender un lazo á la melancolía para reirse luego delante de ella; cuando se hace llorar así, es como si se hiciera llover lágrimas sobre la arena para regar una ilusión. Está mal hecho, y frecuentemente causa un perjuicio á las imaginaciones tiernas quien las engaña así. Porque las almas jóvenes y sencillas, que son también las más bellas, toman á veces por lo serio los sentimientos de que el poeta se burla de este modo. Conocidos son los siete ú ocho suicidios, que *Werter*, esta ironía de Goethe, ocasionó en Alemania, cuando salió á luz la primera vez aquel hermoso libro.

Todo el mundo sabe, que Bernardino de Saint-Pierre estuvo asediado, mientras vivió, por consultas epistolares acerca de Pablo y Virginia, y que las peregrinaciones dejaron marcada una senda hasta su tumba imaginaria debajo de las palmeras. Yo mismo, cuyos escritos están muy distantes de ejercer este influjo sobre la imaginación de la Europa, he tenido sin embargo mi correspondencia de esta clase con las almas desocupadas y pensadoras de la época. He reconocido por señales ciertas, que algunas veces había conmovido bien y mucho. Así es que, después de haber publicado el año pasado el episodio de *Graziela*, historia verdadera en que me pinto con la imparcial severidad de la distancia y del tiempo, he recibido multitud de cartas firmadas y anónimas, llenas de violentas reprensiones, de maldiciones y de imprecaciones contra la dureza, la sequedad y la ligereza de corazón de que me reprendo á mí mismo para con aquella hermosa y desgraciada niña.

Luego que las *Confidencias* dieron noticias sobre Laurence y sobre *Jocelyn*, se me consultó sobre los pormenores accesorios del drama, sobre los paisajes, sobre las personas secundarias, sobre el tejedor, sobre el obispo, sobre el amigo, sobre la criada, finalmente, sobre el perro y sobre los pájaros; se ha pretendido saber de dónde venía la pobre Marta, y á dónde se había marchado después de la muerte del cura; y si era Marta su verdadero nombre; y si su bondad y su amor á su dueño no eran tampoco invención del poeta, un matiz suave del cuadro, una armonía calculada con aquella naturaleza de los Alpes, y con aquella vida sin

esperanza. En mil conversaciones he respondido de palabra; pero ahora ha llegado la ocasión de contestar mas esplicitamente y á mayor número de curiosos de sentimiento. No, Marta no era el verdadero nombre de la criada de Jocelyn, así como el de Jocelyn no era el del cura de B..., así como Valneige no es el de la aldea. Se llamaba y se llama todavía Genoveva, pues no siguió á la tumba á su joven señor, y la veo aun algunas veces en el patio, bajo los tilos, en los dias del estío, cuando paso por delante de la verja del hospital de C... Ved aquí su historia, uniforme, corta y pálida como un día de invierno, que no tiene mas que una hora de sol entre dos largos crepúsculos.

Me parece que fué ayer el día en que me la contó, según lo bien que me acuerdo de toda la conversacion que tuvimos. He recibido del cielo una memoria de los sitios, de los rostros, de los metales de voz, para la cual no existe el tiempo. Veinte años me representan los objetos á la distancia de una noche. Esta memoria es de las cosas exteriores. Mas para las impresiones, para los cariños, para los sentimientos, para los golpes recibidos una vez en el corazón, no tengo necesidad de memoria. Esto no cesa de influir en mí; no ha existido, existe; no es un tiempo del idioma para mi naturaleza, todo es presente. Una impresion causada á mi facultad de sentir se perpetúa, se repite, y se renueva siempre sin debilitarse jamas. El péndulo de mis recuerdos, sin necesidad de que se le toque, oscila siempre de igual manera. Tengo verdaderamente en mi fibra interior el misterio del movimiento perpetuo, que tan en vano buscan los mecánicos fuera de Dios. Ninguna otra cosa me ha dado desde muy temprano la conviccion y como la sensacion de la inmaterialidad del alma y de lo infinito. Estoy seguro de que no me equivocaré en una sola circunstancia, ni en un detalle, ni en una palabra, ni en un sonido de voz al recordaros hoy mi conversacion con Genoveva.

Pero, antes que todo, hagamos su retrato, lo cual es mas difícil, porque las palabras dicen, pero solo el pincel pinta, y tengo lengua, mas carezco de pincel.

II.

Permaneci algun tiempo en la casa parroquial de B... despues de la muerte y sepultura del cura D..., á quien he llamado Jocelyn en mis versos. Tenia que cumplir los deberes tristísimos y al mismo tiempo fáciles, de ejecutor testamentario, y aun de heredero, pues el moribundo me encargó que pagase sus cortas deudas sobre la tierra, mientras él iba á recibir el interes en el cielo. Todas habrian sido contraidas en el año de epidemia y miseria, para comprar medicinas en las boticas, y arroz y azúcar en las tiendas de la aldea vecina de G... para los enfermos. Pero habia un inventario que formar, libros que examinar, papeles que recorrer, algunos modestos muebles y un poco de ropa que vender ó distribuir, la criada, el perro y el pájaro que recoger, la casa, en fin, y el jardín que poner en orden y en cultivo, para que todo presentase un aire de decencia, de esmero y de pulcritud á los ojos del vicario que viniera á ocupar su puesto, y para que ninguna mala yerba, ningun resto de paja, ninguna pluma olvidada por negligencia, mancharan el lecho de donde se habia volado el cisne de las nieves.

Durante aquellos dias que empleé en estos cuidados piadosos, por la memoria de mi amigo, no tenia mas compañía que á Genoveva, que iba y venia continuamente del patio al jardín, del pozo al horno, de la cueva al granero, de la cocina á la sala, de la perera al palomar, al gallinero y á la pajarera. Cogia la azada ó el rastrillo en el jardín y se ponía á escardar las berzas ó las lechugas, ó nivelaba un poco los senderos que se habian cubierto de musgo verdoso durante la enfermedad de Jocelyn: en seguida soltaba estos instrumentos, para coger la escoba y limpiar el polvo hasta del menor rincón de la escalera ó corredores; despues dejaba la escoba, para ir á sacudir y limpiar los muebles y las repisas de piedra de las chimeneas, hasta que el nogal de los armarios y la superficie encerada del suelo se convertian en espejos que re-

flejaban su brazo; despues volvia á dejar los muebles y á tomar el hilo y la aguja para componer las albas, las sabanillas del altar, y los purificadores ó pañitos con que el sacerdote enjuga los bordes del cáliz despues que ha bebido el vino místico; luego se levantaba como sobresaltada de su asiento, echaba sobre sus brazos los lienzos de la sacristía, é iba á reanimar el fuego, á espumar los pucheros, á abrir la puerta del patio, y mirar hácia el lado de la iglesia para ver si venia su amo, como de costumbre, á la hora de comer.

El perro, que acompañaba á Genoveva, iba hasta la sepultura recientemente cubierta de tierra, exhalaba dos ó tres aullidos allí cerca, como para despertar á su dueño y se tornaba con lentitud, deteniéndose y volviéndose á cada paso con la cabeza baja, la vista consternada, las orejas tiesas, una hácia adelante y otra hácia atras, como asombrado de que no le siguiese el que continuaba esperando. Entonces Genoveva llamaba al perro, le hacia entrar y subia con los ojos hinchados la escalera interior.

Durante algunos momentos no se oia ruido alguno en la casa, y era que aquella inocente criatura se estaba llorando, sola en la cocina, de donde no salia sino para traer yerba á su cabra. Hubiérase dicho que un espíritu agitado la impelia de una á otra parte, para que buscase á pesar suyo lo que no encontraba en ninguna. ¡Ah! solo Dios sabe el vacío que la desaparicion de un solitario deja en el corazon de una pobre mujer, de un amigo único, de un perro, de una jaula de pájaro, de un jardin, y de la naturaleza misma, que viven ó mueren en el pequeño círculo que hay al rededor de él. Cuando nadie sospecha que falta un aliento en el mundo, falta el aire y la vida á dos ó tres seres que vivian del ser aquel que se ha desvanecido. Todo se mantiene firme en este cimiento de antiguos y queridos hábitos; quitad un grano de arena y la pared al punto se derrumba; y una vez esta por el suelo, ¿qué significa el musgo que la vestía, el musgo marchito? ¿Qué fué del nido del insecto y de la rendija de la lagartija?

Aun el hombre mas aislado tiene en derredor de su corazon un

mundo invisible que vive de él. Cuando este corazon está frio, ¿en qué se convierte? En lo que se convertia la criada, en una alma en pena, en una mirada sin vista, en un paso eterno sin direccion, en una actividad sin descanso, en una vida maquinal, en una muerte que vive. Así estaba Genoveva.

III.

Constantemente he mirado con piadoso respeto, y hasta con una sonrisa de ternura lo que se llamaba el esclavo ó el liberto en la antigüedad, la nodriza en Grecia, ó en la edad media el *criado*, es decir, la parte viva de la casa ó habitacion, *doméstico* de *domus*, en Francia, la *familia* en Italia y en España, verdadero nombre de esta clase de servicio, que no es en el fondo mas que el complemento, la estension de esta querida y tierna unidad de la asociacion humana que se llama la familia; la familia sin la sangre, la familia adoptiva, la familia pasajera, temporal, anual, la familia á sueldo, si se quiere; pero frecuentemente tambien la familia tan espiritual, tan amante, tan desinteresada, tan pagada por un salario de sentimientos, tan adicta á la consideracion, al honor, al interes, á la perpetuidad de la casa como la casa misma, ¿qué digo? Algunas veces mas.

Hace bastante tiempo que me detuve á reflexionar sobre la relacion del historiador de las proscipciones sangrientas del triunvirato romano de Octavio, de Antonio y de Lépido. Él refiere los despojos, las matanzas, las fugas nocturnas, los asilos buscados en las cuevas, en los bosques, en las casas de los amigos; las ingratiudes, las cobardias, las perfidias, las ventas de los proscritos por aquellos de quienes esperaban la hospitalidad, el secreto y la salvacion; las víctimas atraidas á los lazos, comerciadas, vendidas, entregadas por los delatores á los puñales de los verdugos de Octavio, y concluye esta enumeracion de tres ó cuatro mil asesinatos por el siguiente resumen, que no puede leerse con tranquilidad cuando se aprecia la naturaleza humana, no en el corazon, sino en la condicion social.

«Cosa eternamente notable, dice Velejo Patérculo; durante estas proscipciones, la fidelidad de las madres y de las mujeres, fué completa y sublime; la de los libertos dudosa y mediana; la de los hijos nula: muchos entregaron por codicia á sus amos; la de los esclavos criados admirable y casi general.»

Otro tanto acaeci6 en la 6poca de las proscipciones francesas de 1793 y 1794; de cada diez prosciptos, nueve fueron ocultados por los criados. La familia fué salvada por sus servidores. La humanidad les debe un monumento eterno. ¿Y el corazon de las familias, de los ni6os, de los ancianos, qu6 no les debe? ¿Y la pol6tica misma, qu6 no les deberia si supiese considerar al criado en su verdadero puesto, segun la civilizaci6n?

Por esto, durante los pocos d6as que he estado en el poder y cuando se trat6 en los consejos del gobierno, de dar 6 de retirar el derecho electoral á los criados, en nada pens6 menos que en imitar el rigorismo est6pido de la convencion, que escluia del derecho de ciudadan6a y de sufragio á los criados; legislacion brutal y ciega, que volvia á hacer esclavos all6 donde la naturaleza no ha hecho mas que hombres libres; hijos, hermanos, amigos adoptivos. Honrando al criado se da mayor fuerza á la familia, fundamento de toda democracia moral; pues el criado es á la familia lo qu6 el patio interior es á la casa.

¿Se quieren conceder millones de votos á la influencia santa de la familia? ¿Se trata de que las elecciones sean inspiradas por el esp6ritu de la familia? ¿Se desea que los intereses de conservacion prevalezcan contra el esp6ritu de desorden? ¿Se intenta contrabalancear por una votacion reflexiva, religiosa, co-interesada con el suelo y las costumbres, las votaciones irreflexivas, turbulentas, tumultuosas, de esas masas flotantes que fermentan 6 vagan sobre la superficie de las poblaciones francesas? ¿Se quiere hacer mas? ¿Se quiere dar corazon á las instituciones electorales, y sentimiento al papel que desempe6a en la naturaleza humana, y que debe desempe6ar una legislacion popular? Conc6dase voto á los criados: as6 podr6 disponer de diez votos, en vez de uno, el pa-

dre de familia; de esta manera tendr6n voto las mujeres, los ancianos, los ni6os, la propiedad, las costumbres y los h6bitos; un voto de familia.

El sufragio electoral concedido á los individuos del hogar, ser6 el saludable correctivo de los abusos y de los estrav6os del sufragio universal excesivo. Si la aristocracia antigua no comprendi6 esto, fué porque no tenia mas que esclavos; si el feudalismo no lo comprendi6 fué porque no tenia mas que siervos, y nosotros tenemos servidores libres, hombres y mujeres apegados al tr6nco de la familia por la cohabitacion, por la adhesion m6tua, por la fidelidad, una misma por lo comun la de los hijos y de las hijas. Porque si hay v6nculos en la sangre, los hay tan fuertes casi en la llama del mismo hogar.

Los sirvientes dieron iguales pruebas de parentesco y de amor á la familia, en la edad media, que el viejo Eumeo da en Homero al hijo de Ulises cuando visita sus hogares usurpados. Tiene la excelente y pat6tica historia de Mar6a Stuart, por Mr. Dargand, una relacion de una criada, que no he podido menos, siempre que la he leido, de bendecir y glorificar su estado, en mi interior. Es as6:

«El duque de Norfolk, pariente y heredero del trono de la reina Isabel, se enamor6 de la Cleopatra moderna, de la prisionera de Holyrood, de la hermosa 6 infortunada Mar6a Stuart, reina de Escocia. Aquel conspira con sus vasallos para arrancarla de su encierro y volverle un trono con su corazon. Isabel descubre el misterio de estos amores, rompe la trama, prende á Norfolk y logra que sea condenado á la decapitacion en un cadalso levantado en la Torre de L6ndres. El duque, acompa6ado de sus amigos, á los que se permitia entonces formar el s6quito del moribundo, se adelanta soberbio hasta el lugar del suplicio. Ya al pi6 del cadalso, dice que tiene sed y pide de beber.

Una mujer anciana y cubierta con un velo, que le habia seguido llorando, dice el historiador, le presenta una copa que 6l reconoce en seguida. Era su propia copa, la de sus antepasados, y aquella mujer, previsora hasta la muerte, era sirviente suya, cria-

da de sus palacios. Llenó de cerveza la copa, y el moribundo la llevó á sus labios. Cuando se la devolvió á la pobre mujer, esta cogió y besó llorando la mano de su señor. Dios te bendiga, la dijo el duque, y nuestros hijos te veneren por lo que has hecho. En seguida, conociendo que se afligia en el momento crítico en que el hombre tiene necesidad de mayor aliento, subió rápidamente los escalones del patíbulo, apoyándose en el brazo del Dean de San Pablo.»

La antigüedad no tiene nada mas tierno ni mas interesante, que esta copa reconocida en la hora en que se deja todo sobre la tierra, y esta mano de criada mostrando á su señor el golpe del cadalso.

IV.

Genoveva aparentaba tener entonces de treinta y cinco á cuarenta años. No podia leerse la edad en sus facciones destruidas por la fatiga. Se conocia que la miseria habia ejercido en ellas desde muy temprano su maléfico influjo, como el cierzo que hiel a una planta en la primavera, y la permite languidecer mas bien que vivir el resto del año. Era de aventajada estatura, aunque algo encorvada, con el pecho deprimido, consecuencia de la postura habitual de quien se está cosiendo desde que amanece hasta que anochece. Tenia los brazos delgados, los dedos largos y angostos; y aunque sus manos ostentaban una blancura y una limpieza admirable, la uña del tercer dedo de la mano derecha, estaba cubierta en su estremidad de una mancha azulada, huella del dedal de cobre que siempre llevaba puesto, y que habia teñido la piel. Llevaba el mismo traje que usan las campesinas de aquellas montañas; un vestido de lana gorda, azul, galoneado en las costuras con terciopelo: una cofia blanca con adornos de encajes sumamente anchos que caian sobre sus mejillas, dejaba ver con dificultad la raíz de sus cabellos, alzados por encima de las sienes y escondidos debajo de la cofia. Sus facciones delicadas y enfermizas, carecian de expresion. No se veia colorear ni circular la sangre debajo de

su piel fina y transparente: las venitas azules que se cruzaban sobre sus sienes, estaban aplastadas como conductos que la sangre no habia alcanzado á llenar. Sus mejillas estaban apenas cubiertas por una epidermis, imperceptiblemente arrugada á causa del frio habitual de la piel en un pais de tantas nieves. Sus ojos, adornados de luengas pestañas negras, eran rasgados, aunque profundamente hundidos, y estaban cercados por la parte inferior de un pliegue negro, como ojos que han llorado mucho y trabajado mas. El color de estos era de un azul pálido y sin brillo; se les veia sin movimiento como agua á la sombra; podia leerse hasta en su fondo, y no se encontraba en ellos mas que sencillez, sensibilidad y melancolía. Aquellos ojos hermosos y jóvenes de mujer de buena y fina raza, parecian como fuera de su sitio sobre un rostro ya envejecido y marchito. Sus labios, algun tanto gruesos y hundidos hácia los extremos, estaban ligeramente plegados cuando los cerraba. Pero tan pronto como se abrian, ya fuese para hablar á los pájaros, ya para saludar á las pobres mujeres de la aldea, que la llamaban al pasar por debajo de sus ventanas, permitian ver unos dientes blancos como las piedras de la fuente, y una sonrisa en que la melancolía dimanaba de la bondad.

Toda la expresion de aquel semblante se encontraba en aquella boca, pareciendo que el corazon se abria por esta y se derramaba por todas las facciones. El metal de su voz revelaba ese temblor interior de una fibra herida por una emocion perpétua del corazon. Era una queja que parecia cantar siempre que hablaba.

Aquella voz era suave y conmovedora á un tiempo. Solamente en las casas de vacas del Valois, al preguntar en otro tiempo la direccion de mi camino, ó al pedir leche á las viejas de las montañas, he oido otra que se le pareciese. Las pasiones, y ese hablar incesante de las poblaciones, dan algo de duro y de ronco á la voz de las mujeres; por el contrario, la soledad y quietud de las montañas la hacen dulce como un suspiro, acentuada como un sentimiento, sonora y vibrante como una campana que resuena á lo lejos á través de los bosques. Tal era la voz de Genoveva. Mientras yo leia

en el jardín, sin que ella me viese, la estaba oyendo incesantemente, bien hablar á sus gallinas, ya cantar á media voz haciendo calceta cerca de la ventana, como para distraer á los pájaros que á su vez la contestaban.

V.

Habrian trascurrido ocho ó diez dias, cuando la criada se habia acostumbrado ya de tal modo á mi presencia en la casa, que no la estorbaba para nada. Es verdad que la constaba la amistad íntima que me profesó en vida su amo, y volvía naturalmente hácia mí el cariño respetuoso que le tuvo á aquel. Por otra parte, tenia necesidad de servir á alguien, y de amar al que servia. Todo su servicio no era otra cosa que su inclinacion natural y satisfecha á obligar. Gozaba en su interior, al prevenir los menores deseos de aquellos de quienes dependia, menos por su condicion de sirviente que por su corazon. Mi juventud la interesaba tambien; tenia orgullo en reemplazar en cuanto ella pudiese, á su señor muerto, por lo que hace al recibimiento que este hubiese hecho, cuando vivo, á aquel jóven, por quien ella sentia ternura. Lo debia así al honor de la casa, y á la gracia de la hospitalidad, aun despues de estar la casa vacía y de haber partido el huésped para otra morada. Atendia á todo. La constaba por su señor, la sencillez de mis gustos.

Estos, jamas habian sido prevenidos tan completa y tan graciosamente por las criadas de la casa y del jardín, ni aun en la de mi propia madre. Nunca los libros y los papeles habian sido respetados mas religiosamente en su pliegue ó en su página señalada, sobre mi mesa de madera: nunca los tizones mortecinos durante el día, bajo la ceniza, habian sido agrupados con mas cuidado por la noche, para dar un temple agradable á la velada; nunca mis perros habian tenido una estera de paja mas poblada para acostarse al pié de mi cama, ni agua mas limpia para beber en su cazuela de barro vidriado; nunca habia encontrado con mayor exactitud, al volver

de mis largas cacerías por los bosques, la harina de maiz, hirviendo á fuego lento en la olla bajo su costra dorada, la patata entre la ceniza, la col, el nabo, la calabaza cocidos en el horno, y el pan de centeno mas sabroso y mas tierno, bajo la servilleta de lienzo crudo, en la artesa; nunca la manteca ó la miel habian sido servidas con mayor limpieza. En una palabra, seguia en todo el mismo régimen á que yo me habia acostumbrado en el campo, en mi infancia, en casa de una madre sóbria y cariñosa: el régimen de los cartujos sazonado por la gracia y la ternura de una mujer.

VI.

Del modo que se acostumbra en aquellas montañas, tomábamos nuestra cena en la cocina, sobre la única mesa de nogal macizo, larga y estrecha que habia en la casa. Al extremo de aquella mesa, Genoveva estendia el mantel, colocaba mi servilleta, mi cubierto de estaño, los platos, el pan y el vino, ni mas ni menos que en tiempo de su señor. Yo, entonces, me sentaba sobre uno de los bancos de madera que se estendian á ambos lados de la mesa. En la otra estremidad no habia mantel ni otra cosa que una escudilla y un plato en que la criada tomaba su sopa, y su parte de tocino, de calabaza, de ensalada, ó de berza, al mismo tiempo que yo; solo que, siguiendo la costumbre del pais, comia de pié, con su escudilla en la mano, sin dejar de servirme, yendo y viniendo, como el resto del dia, atizando el fuego, batiendo la manteca, abriendo las castañas, echando pedazos de su pan al perro que la espiaba sentado en su delantal, y que no perdia el menor de sus movimientos. No traté de separarla en lo mas mínimo de sus costumbres familiares y respetuosas al mismo tiempo, pues conocia que no hubiera logrado mas que incomodarla y humillarla, obligándola á que tomase asiento en frente de mí. Pero hablaba con ella mientras cenaba, que lo hacia lentamente, con los codos sobre la mesa, como montañeses desocupados.

Despues de la cena, me acercaba al fuego, al que Genoveva